



REVISTA BICHITO

PRESENTA

SANDRA ARAYA
NILTON SANTIAGO
JAVIER ZAMUDIO
CÉSAR CHÁVEZ
JULIA GUTIÉRREZ
JORGE A. GÓMEZ
ROBERTO SANCHEZ CAJICÁ
EDUARDO SCHWINDT

Textos de: Sandra Araya, Nilton Santiago, Javier Zamudio, Jorge A. Gómez y Julia Gutiérrez

Pintura de portada: *Naike* de Eduardo Schwindt. Técnica: Acrílico sobre óleo. Argentina. Año: 2015.

Texto contraportada: Elizabeth Bishop. Poema: *Un arte*

Fotografía de contraportada: *Elizabeth Bishop: The poet at ease, in 1994 The Rosalind Thore*, The Rosalind Thore Mackenna Foundation Courtesy Center for Creative Photography, University of Arizona.

revista

BICHITO

Visítanos en Instagram y Facebook:

@bichitoeditores

O escríbenos:

bichitoeditores@gmail.com

bichitoeditores.com

CONTENIDO

- 4 Presentación: Campo de lectura
LAS EDITORAS Y EDITORES
- 5 La caverna
SANDRA ARAYA
- 8 Contra el matrimonio, otra elegía
NILTON SANTIAGO
- 18 Un elefante muerto
JAVIER ZAMUDIO
- 22 Vacío de la resurrección
JORGE A. GÓMEZ
- 25 Almendra amarga, &
JULIA GUTIÉRREZ
- 27 Breviario
CÉSAR CHÁVEZ



ROBERTO SÁNCHEZ CAJICÁ

Diseñador gráfico de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá. Desde la infancia encuentra en la pintura la forma de comunicarse con el mundo, talento que ha desarrollado a lo largo de su vida. Es autor e ilustrador de dos libros álbum con la editorial "Gato malo". El libro *La pelota* formó parte de la exhibición "Silent books: From the World to Lampedusa and Back". Desde el 2002 hace exposiciones tanto individuales y colectivas. Actualmente trabaja en un próximo proyecto editorial.

EDUARDO SCHUWINDT

Artista plástico de la Capital Federal (Argentina); comenzó su camino en la pintura luego de recibirse en el 2009 de Técnico Superior en Bellas Artes en la Nueva Escuela de Diseño y comunicación. De inicio fue autodidacta del dibujo, hasta que decidió probarse y emprender la carrera. Desde ese momento sigue en constante aprendizaje y búsqueda de los distintos lenguajes y materiales que el arte contemporáneo tiene. Su obra ecléctica refleja la avidez por distintos modos de expresión no solo en pintura, sino también en fotografía, grabado y escultura entre otras disciplinas. Integró distintas exposiciones individuales y colectivas; y fue seleccionado en distintos concursos, recibiendo menciones especiales por su labor.



CAMPO DE LECTURA

La palabra 'delirio', que pertenece al diccionario de las conductas patológicas, significa originalmente salirse del surco, cultivar de forma incorrecta. El origen agrario de esta palabra es compartido con verso, así nombraron en la antigua Roma al surco que araban los bueyes. Identificaron el final del verso con el momento en que los bueyes se volvían al terminar un surco. Aquellos que se atrevieron a cultivar fuera del él, fueron sancionados con dureza. Quizá porque notaron en ese desvío una mancha en la blancura que rodeaba al verso.

Bichito en el séptimo número comparte el vértigo y la fascinación que provoca la narrativa de Sandra Araya, César Chávez, Javier Zamudio, junto al despliegue de impresiones y develaciones en la poesía de Nilton Santiago y Jorge Gómez. No hay una sola obra de arte que no nos enseñe a delirar, a salirnos una y otra vez del surco, siendo visible en las impresiones de Sánchez Cajicá y de Sschwintt.

Que el arte continúe brillando en nuestro jardín como en un campo recién arado.

Las editoras y editores

LA CAVERNA

SANDRA ARAYA

Éramos cinco cuando entramos aquí. Iba yo adelante, dos más detrás de mí, dos más detrás de ellos.

Al principio, reían, tropezábamos, nos empujábamos hacia adelante, hacia atrás, reíamos, tropezábamos, jugábamos a buscar la salida. Al principio. Yo llevaba una linterna, que prendía y apagaba, como una concesión, para permitirles a mis amigos que rozaran con sus manos los cuerpos esquivos y cálidos de las chicas. Ellas, risueñas, dispuestas, me empujaban, se dejaban tocar, me tocaban a mí, incluso, la espalda, el pelo, me acariciaban desde atrás las mejillas. Molesto, entonces, me libraba de sus manos.

No sé cuánto tramo habíamos recorrido, caminamos mucho, en algún momento todos quisieron descansar. Yo no quería, no, quería seguir, adentrarme más en la caverna, en sus túneles, pero no quería seguir solo, no aún, necesitaba de acólitos a quienes preceder. Accedí a sus demandas y nos sentamos, en círculo, en una oquedad, con la linterna como centro.

Hacían chistes, ellos, comimos un par de manzanas, todos, bebimos agua, y sí, lo admito, algo de licor, bebieron licor los otros, yo bebí agua, quería continuar. Los miraba, a través de mi botella, difusos, voces, absurdos, se reían, bebían, se tocaban.

Yo quería seguir. Y seguimos caminando, después de un rato.

¿Adónde quería yo llegar?

Sin saberlo con certeza, quería llegar a un punto distante del que habíamos partido, quería llegar lejos, a un paraje desconocido, nuevo, un sitio en el que no hubiese estado nadie jamás. Un descubridor en ciernes, yo, no debía detenerse a pesar de las protestas de sus seguidores, pero entonces, ya después de una media hora de camino luego del receso, resonó contra las paredes la primera protesta.

Femenina, la voz puso objeción a la caminata:

—Ya demostramos que podíamos llegar lejos. Estoy cansada. Nadie respondió, sino un eco ahogado, carrasposo.

Fabíán Patinho ©



Ha ganado el Premio La Linares de novela breve (2015) con *La familia del Dr. Lehman*, y la Bienal de Cuento Pablo Palacio (2010). Autora de la novela *Orange* (2014), y *El Lobo* (2017), su tercer libro de narrativa.

Unos metros más adelante, otra voz femenina dijo:
—Yo también estoy cansada, y la verdad me está dando un poco de miedo. No puedo respirar bien.

Una de las voces masculinas hizo un chiste sobre cómo podría respirar bien. Hastiado, yo, me detuve de golpe y apagué la linterna.

Oscuridad. Gritos. Chillidos. Empujones.

—Si no se callan, nos quedamos a oscuras —dije— y de aquí no me muevo.

Oscuridad. El sonido de la respiración. Prendí la linterna, pero entonces fueron los otros quienes no quisieron seguir.

Estáticos, agachados, pues el túnel había ido estrechándose, me miraban con fiebre; furiosas, ellas; confundidos, desconfiados, ellos.

Quietos, los cuatro esperaban.

—¿Qué?

Me pregunté, en silencio, mirando las paredes, no a ellos, moviendo mis pies sobre la tierra, sí aquella que había sonado hacía unos instantes había sido realmente mi voz. Dudaba sobre esa y otras cuestiones menores, pero para mí, la única alternativa sobre el camino era seguir hacia adelante, no hacia atrás.

Lo dije con mi voz, con otra voz, con alguna:

—Ya no podemos volver. Es muy lejos. Tenemos que seguir hasta encontrar una salida adelante.

—¡Estás loco! —dijeron ellos.

—¡Desgraciado! —dijeron ellas.

Apagué la linterna.

Oscuridad, empujones, gruñidos.

Dolor.

Silencio.

Después de un tiempo, uno segundos, un minuto, una hora, un día, no lo sé bien, volví a una vigilia a ciegas, a oscuras. La garganta se me había secado mientras estaba inconsciente, me levanté en mitad de las tinieblas y el polvo. No escuchaba a nadie a mi alrededor, no veía nada a mi alrededor. Dónde estaba el atrás, el después, la salida, el camino por seguir, no lo sabía. En mi mano, la linterna que habían tratado de arrebatarme yacía fría y muerta, con el bombillo roto. Aunque inservible, seguí aferrándola. aferrándola.

Sonreí. Ellos también andarían a tientas.

Con mi mano libre me acaricé la garganta, consciente de que se habían llevado mi botella de agua, el único nexo con la vida, con la claridad fuera de ese lugar.

Podría haberme quedado ahí, a oscuras, quieto, esperando que mi respiración, en algún momento, cesara, se detuviera en silencio. Pero quería seguir. Y seguí.

No recordaba el camino, no sabía de una ruta a continuación, avanzaba a tropezones, rozando las paredes, soportando sobre los ojos ciegos las tinieblas. ¿Para qué mantener abiertos mis ojos? Los cerré. Para siempre, quizá, pensé.

Comencé mi verdadero camino, cobrando un poco de soltura en cada paso, adivinando los obstáculos como los seres que han vivido durante años, siglos, debajo de la tierra, en las profundidades del mar, en medio de una apacible oscuridad. Y sin embargo, algo rompía, de vez en cuando, con mi tranquilo recorrido.

Murmullos, risas, jadeos.

Escuchaba ruidos, y aunque la primera vez abrí los ojos para intentar ver a los traidores, no pude localizarlos en la negrura de la caverna.

Murmullos de preocupación, risas nerviosas, jadeos por la falta de oxígeno.

Ellos me temían más que yo a ellos y supongo que estábamos en la misma situación: en medio de aquella confusión, no sabíamos quién seguía a quién.

Caminaba, entonces, el único sino era caminar, esperando a tropezar con algo o alguien, cualquier escollo que fuera una señal de muerte o de vida. A veces, cansado, me dejaba caer en el sitio, con los ojos cerrados siempre. Entonces entraba en la inconsciencia, no oía más, no sentía ya nada. Despertaba, no sabía cuánto tiempo después, y con los ojos cerrados, siempre, siempre, me incorporaba para seguir mi camino.

Comenzaba a sentir sed.

Quizá el polvo de aquella caverna se me había colado por la boca, por la nariz, convirtiendo mi cuerpo, en el interior, en un territorio árido como los pasajes de aquel laberinto. Terminaría mudando mi condición de carne en tierra, me secaría, ni siquiera se pudriría mi cuerpo cuando muriera, sino que se desharía como una estatua de barro que pierde toda su humedad cuando el sol la toca.

¿Acaso recordaba la luz del sol? Su imagen, en mi mente, lastimó mis ojos, así que los cubrí, como si me hubiesen enfrentado súbitamente con su luz.

Al mismo tiempo, algo hirió mis oídos, me detuve, puse atención a los sonidos. Jadeos, sollozos, jadeos, gruñidos. Un olor penetrante llegó a mi nariz, fluidos corporales, podía imaginar lo que sucedía en algún recodo de la caverna, sentí asco, y morbo, lo admito, quise ver, abrí los ojos para encontrarme con la absoluta oscuridad del corredor.

Por primera vez desde que entramos en la caverna, dudé, sentí miedo. Sentí que jamás encontraría una salida, que me consumiría en ese mismo sitio, que así como ya no veía, poco a poco dejaría de respirar. El aire se tornó pesado, me costaba respirar, quería respirar, me desesperaba por respirar y pensé, en mi ahogo, que aquellos que jadeaban como animales en algún sitio me arrebataban el poco oxígeno que quedaba en nuestro encierro.

Grité.

Ellos me escucharon, gruñeron, gimieron un poco más, pero entonces escuché un gemido último, como el de un animal que se ahoga en un estanque de aguas espesas y negras. Silencio, oscuridad. Al poco tiempo, un roce cercano me indicó que alguien estaba cerca de mí, una lengua acarició los dedos de una de mis manos.

Retrocedí, choqué contra una pared de roca, me dejé caer y cerré los ojos otra vez.

En la oscuridad voluntaria me sentí mejor. Me negaría, desde entonces, a abrir los ojos, moriría ahí, me quedaría dormido y no despertaría, el fin sería bello, suave.

Soñaría, pensé antes de dormir.

Soñé.

La salida, había llegado al fin del recorrido. La luz no invadía mis ojos, no los hería. Percibía un resplandor suave, como el de la noche temprana, quizá como la del amanecer precipitado, una luz violeta, mansa. Salía del túnel, de la caverna, posaba mis pies en un lugar que estaba cobijado bajo el cielo. Estaba en un parque. La fría luz se posaba sobre unos graderíos de cemento, había vuelto al sitio donde alguna vez había encontrado a una mujer muerta, desnuda, aterida bajo el cielo recién amanecido, a la vista en las calles que bordeaban el parque.

Había vuelto. Había fracasado, entonces. O quizá también había soñado aquello.

Desperté en mitad de voces, susurros, gritos, al final, una luz que chocó contra mis ojos, unas manos me agarraron fuertemente y me arrastraron. No me resistí, estaba demasiado débil para ello, y pude darme cuenta, por la velocidad de los movimientos, por el frío que me calaba, que me encontraba desnudo, a medias, mi pantalón estaba desabotonado y me estorbaba en las piernas, aunque no las usara, así como mi ropa interior estaba enganchada en los pantalones.

Sentí que la textura del ambiente había cambiado: podía respirar mejor, la garganta no me ardía, era solo aire lo que estaba recibiendo, nada de polvo, nada de oscuridad. Sin embargo, mantuve los ojos cerrados; aun así podía sentir la luz del sol sobre mis párpados.

Me dolía, me dolía, me dolía, el dolor se movía de mi cara al resto del cuerpo, el dolor se iba hacia mis manos. En la derecha, sostenía aún, inservible, pegada dolorosamente a mi piel, la linterna muerta. A mi mano izquierda le faltaban dos dedos.

Torpemente, cuando me depositaron en el césped, acomodé mis ropas.

Escuché, entonces, algo, alarmado. Volví mi rostro en esa dirección. De la cueva, salían unos gruñidos. Me atreví a abrir los ojos. Miré hacia dentro, anhelando la oscuridad. Algo se movía, en el fondo.

El polvo, movido por el viento, se pegaba a mi mano ensangrentada, el polvo que aún salía de la caverna.

Aquellos que me habían sacado me apartaron de la boca de la cueva, me rompieron los oídos con sus gritos, estertores, maquinaria, la tierra que cae, caía, que seguirá cayendo.

Yo estaba afuera, pero los otros, no. Los de la caverna no habrían de salir nunca más. Aquella era su paga por no buscar una salida más adelante. Yo se los había dicho, era mejor no volver, pero no quisieron escucharme.

Cerré los ojos, aunque la luz del sol ya no hacía tanto daño. 🌞



Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas. Ha publicado los libros de poesía *El libro de los espejos* (segundo Premio Nacional de Poesía Copé 2003; Lima, 2005), *La oscuridad de los gatos era nuestra oscuridad* (II Premio Internacional de la Fundación Centro de Poesía José Hierro), *El equipaje del ángel* (XXVII Premio TIFLOS de Poesía; Madrid, Visor, 2014), finalista del Premio Adonáis de Poesía 2014, y *Las musas se han ido de copas* (XV Premio Casa de América; Madrid, Visor, 2015), *24 horas en la vida de una libélula* (antología bilingüe español-búlgaro, 2017). En narrativa, ha publicado el e-book *Para retrasar los relojes de arena* (Vallejo & Co., 2015).

CONTRA EL MATRIMONIO, OTRA ELEGÍA

NILTON SANTIAGO

pero qué inútil / tanta luz / entre dos

JORGE EDUARDO EIELSON

Como si la mesa del comedor fuese una gran ciudad y nosotros,
torpes y tiernos animales en las oficinas de correos,
que cada día ven pasar los mensajes de otros,
los corazones de otros en papel de embalar,
y entonces llorásemos girasoles por la mañana y girasoles por la tarde
y empezara a llover –a cántaros– girasoles
y tú, de pronto, sacas el mantel de un tirón,
muy cabreada,
y los platos y los tenedores, como pesados edificios de metal,
intactos sobre la mesa
y la copa de vino llena de huellas dactilares, sin haberla tocado nunca,
(como un espejo al que pudieses pasar sus páginas de vidrio
y ver en lo que nos convertiremos si seguimos con esto)
y entonces, miras hacia otra parte y enciendes el televisor
porque aún es pronto para volver al trabajo
(nos enteramos, entonces, que han matado extrajudicialmente a un dictador árabe
en ¿defensa de los derechos civiles? y, claro, de la reacción “positiva”
de los mercados).
Luego sales de casa dando un gran portazo.
Te has dejado el paraguas pero no vuelves
y yo tampoco quiero salir detrás de ti
pero lo hago, dejándome el corazón entre los platos por fregar.
Ah, cariño, antes de marcharte, bajo la puerta, vi un destello azul
quizá sea la luz que juega con nosotros
cuando discutimos por la lentitud de los pájaros

TÍTULO: 5:45, DE ROBERTO SÁNCHEZ CAJICÁ; TÉCNICA: ACRÍLICO
SOBRE PAPEL, DE ; AÑO: 2017; 28x21 CM



y puede que sea por esa misma luz que tengamos que hacer este,
nuestro último viaje.

Sé que has empacado nuestras heridas y mis huesos como espinas de pescado
y mi soledad en un kleenex.

¿Cuándo fue que perdimos la batalla que nos convirtió
en estas cenizas enamoradas,
en esos espejos rotos donde aún podemos vernos juntos aunque
estemos totalmente solos?

Ahora lo entiendo:

hablando con ángeles es que te enteras que no existen.

DE LA OSCURIDAD DE LOS GATOS ERA NUESTRA OSCURIDAD, 2012

BREVE HISTORIA DE LAS LÁGRIMAS DE KAFKA

Acabo de leer en el periódico que las obras completas de los traficantes de metáforas pueden encontrarse fácilmente en una farmacia de turno.

Allí, al amanecer, un tulipán en tirantes abre la ventana de la noche y engrasa las estrellas con lágrimas de vainilla. Probablemente la prensa de mañana recoja que un hombre con doble personalidad acaba de confesar un crimen de "su otro yo" o que las monedas de tu corazón ya no son de curso legal entre mis sábanas. Una sola de tus miradas de alta bisutería es suficiente para abrir la cerradura de las mañanas y tampoco es que hagan falta inspectores de hacienda para saber que pago muchos impuestos por soñarte.

Bajo estas circunstancias, es decir de una serena melancolía, se me ocurre pensar que el número cero lleva la cabeza rapada y es tan inocuo como una fuga de gas grisú.

Creo que ya se ha dicho muchas veces que media docena de sueños no son suficientes para pagar la hipoteca de un chalet en la Luna, no obstante más allá de tu corazón el amanecer le echa un vistazo a mi corazón, así que da lo mismo. Acabo de leer el testamento de un topo nariz de estrella y parece el manual de instrucciones de cómo hablarte al oído sin que mi vida corra peligro. Es cierto, nada tiene que ver este último comentario con este poema con los tobillos escayolados, pero tengo que decirte que mi biografía es tan gris como la de un portero cuyo equipo acaba de ser goleado por un grupejo de chimpancés amaestrados. También debo confesarte que me pones a cien cuando te veo doblar las piernas mientras usas alguna de mis camisas y los números huyen de los relojes para habitar las partituras de tus labios. Me cuesta hallar jueces que no pierdan el juicio, recoger la lluvia de mi corazón cuando amanece, me cuesta horrores hacerme el café sin pensar que al otro lado del mundo estás tú. Y eso es la habitación de al lado. Lamentablemente este poema no tiene una mesa reservada para ti esta noche y –sí– las maletas de mano de estas sílabas descalzas están llenas de las lágrimas de Kafka.

DE *EL EQUIPAJE DEL ÁNGEL*, 2014

SOBRE EL FALSO ETIQUETADO DE MERLUZA PROCEDENTE DE ÁFRICA (QUE SE VENDE COMO EUROPEA O AMERICANA)

Ahora lo sabes,
también los peces tienen que pasar las fronteras,
llorar todas sus afonías,
pedirle impuestos a la luna llena que cada noche se disuelve en sus lágrimas
cuando se ha roto "la cadena de frío" en sus maltrechos corazones marinos.
Pero así es la soledad en el agua cuando se sabe de antemano
que compartirás el envase (con otro solitario) en algún frigorífico,
así son los falsos pasaportes
para los que no saben llorar bajo el agua
y terminan en los supermercados con la carne limpia y sin escamas,
lista para meter al horno.

DE *LAS MUSAS SE HAN IDO DE COPAS*, 2015

LAS MUSAS SE HAN IDO DE COPAS

Camino entre el frío que se desploma de tu mirada y las manecillas de los relojes de arena que, imperfectos, dejan de pensar que el tiempo es una lágrima malherida. Temo eso de lo que me hablas, eso de que a veces las palabras son la costura del silencio o que hay ángeles que se frotan las alas ante la mesa servida de tu sonrisa. Acabo de ver a Carlos Edmundo de Ory saliendo del cine, creo que también llevaba puesta tu sonrisa, como una consigna, como una cita a ciegas con el amanecer. Ayer fue abril, ese líquido mes, nubladas cigüeñas cayeron de sus jaulas y, aún a medio hacer, han legislado sobre la inutilidad de mis sueños. Dices que hay temor en los suburbios de tu corazón y también en la mirada de los gorriones que salen de compras y olvidan que los pájaros son las monedas de cambio de los animales terrestres, como nosotros. Llego a casa, has reivindicado a las cacerolas y a las sartenes como armas de destrucción masiva de mi soledad, no obstante, como tu corazón, hoy están en huelga y paso hambre. Me quito el abrigo y lo meto en la nevera –para que no se malacostumbre– tu mirada sobre el espejo del baño es la puerta por donde se escapan millones de besos carnívoros. Sufro por el estado de la tempestad en la sonrisa que llueve de tu sonrisa y, por un segundo, sueño que un enjambre de ex novias desciende por las escaleras de incendios y sucede que soy yo el pirómano y que una vez más te he

acusado a ti de apagar el incendio que nos separa con un cubo de lágrimas. Crisantemos. Llueven crisantemos y sandias descalzas. Cerrar el paraguas es como quitarle el sujetador a una nube. Confío en que sabes que media docena de sueños no hacen el verano. Confío en que no es verdad eso de que los libros sangran, como si las palabras descargaran nubes llenas de tu nombre. Este poema es el comienzo de la bienaventurada estrella y del bienaventurado despertador de tu ausencia, el utensilio casero de la fragilidad que nos reparte tarjetas de visita y las lágrimas de los ludópatas que se juegan tu soledad al póquer. Huye de mis labios tocando la niebla, me dices, huye de los relojes de arena que retraso cada día, como si retrasar el tiempo fuera evitar que la lasaña deje de ser el experimento nuclear del amor. Cierras mis labios con un telegrama lleno de tus labios. A las puertas y a las ventanas hay que vendarlas, dices, hay que prescribirles un par de cucharadas de tristeza. Nada de besos isotónicos, nada de ceremonias entre desnudos cuerpos solares, nada de hematomas en las farmacias de la nostalgia. La poesía, entonces, levanta su tenderete, sube por la escalera de incendios y me pone dos monedas sobre los ojos, como si ese fuese el precio de dejar que las musas se vayan de copas hasta las mil y, en su lugar, pasarme la noche venerando tus pecas.

DE *EL EQUIPAJE DEL ÁNGEL*, 2014

LOS MILAGROS COMO CUARTO ESTADO DE LA MATERIA (POCO ANTES DEL AMANECER, CUANDO LOS GATOS DIRIGEN EL TRÁFICO)

Son estas las ruinas y las lluvias del otoño,
entrar en el metro atravesando la puerta de una iglesia
llorar por la afonía de un grillo, caminar y volver a entrar a la iglesia
pero esta vez a través de la lluvia,
y entonces verte cruzar el paso de cebra
mientras una pareja de gatos dirige el tráfico.
He aquí el primer milagro:
tú entrando en el cielo a través de tus lunares,
no hay astrónomo ni fumeta que haya imaginado un cielo con tanto escote
desde luego no sabes quién diablos era Baudelaire
ni que a veces hay que llevar faldas más largas (y menos transparentes)
bajo la lluvia
pero da lo mismo, de quimera a quimera y de quimera a claridad
y viceversa
haces que el infinito se detenga de sopetón,
que el Big Bang empiece a contraerse
como un gran tomate en el microondas
o que las chicas tatuadas en los brazos de los taxistas dejen de fumar
y abandonen las labores del amor para entrar a hurtadillas
en las parroquias.
He aquí el segundo milagro:
entrar en la estación y verte pelear con el tornó para que te deje pasar
entre tanta luz y viceversa
no llevar un céntimo en el bolsillo y pedirte la tarjeta del metro,
comerme con la miel de tu sonrisa los hoyuelos de tus mejillas,
mirarnos sin ninguno de los típicos designios destinados
a los fríos amores por correspondencia.

Aquí el tercer milagro:

hay dos asientos libres juntos,
nos sentamos, sé que me juego un bofetón por mirarte así la entrepierna
hablamos entonces para dejar de sonreír,
hablamos del nuevo estado de la materia que acaban de descubrir
en los ojos de pollo,
hablamos sin darnos cuenta de que cada vez que sonríes
salen cientos de mariposas entre tu escote y mi mirada.
De repente, en un plis plas, llegamos a la última estación
(donde aún es primavera y donde hay minotauros
distrayéndose con aquellas muchachas traídas de Ho Chi Minh
o de Creta)
y, como quien no quiere la cosa, aprovecho para hacerte las típicas
(preguntas

que te haría un elefante a punto de morir,
mientras le doy tres vueltas a mi corazón alrededor de tu corazón
que se esconde una y otra vez,
como se esconde el sonido en el vientre de una campana.

Nos acabamos de conocer pero ya nos dimos cinco besos
no haremos cosas políticamente incorrectas,
eso seguro
el amor ya me ha susurrado al oído que tampoco hoy es mi noche
y bien lo sé: hoy soy yo esta ruina, esta lluvia de otoño,
este pelmazo que no tiene nada que decirte.
Es hora de que te vayas al bar donde has quedado con tu chico
y que yo me marche a casa
(paso de ir al picnic)
ya sobran unos cuantos milagros esta noche
y hay que saber retirarse a tiempo para lamerse las heridas.

Y tranquilos amigos, dicen que las ratas
pueden vivir más tiempo sin agua que los camellos.



TÍTULO: *SATSUMA*, DE EDUARDO SCHWINDT; TÉCNICA:
ACRÍLICO SOBRE TELA; AÑO: 2017; 100 x 100 CM

AUTOBIOGRAFÍA DEL AMANECER (NOS GUSTAMOS TANTO QUE NOS HACEMOS LA VIDA IMPOSIBLE ASÍ QUE HEMOS DADO POR TERMINADAS LAS FUNCIONES DEL OTOÑO)

Dicen que el 15% de las mujeres norteamericanas se mandan flores a sí mismas en el día de los enamorados, así que no tiene nada de malo comprarte la autobiografía de un pavo real daltónico y dejártela tú mismo bajo la almohada el día que se te cae el primer diente de la melancolía. Dicen que este preciso momento está sucediendo en varias dimensiones distintas donde –por ejemplo, en la que me muero por tus huesos– soy un perro que olfatea las huellas de la lluvia que acaba de entrar en tu ducha. Puede también que en otra dimensión yo sea un armadillo con gafas que ha decidido fijar su residencia en un baobab que poco a poco –teóricamente en otra dimensión– se dirige al mar saltándose todas las luces rojas del amanecer. No sé qué de gracioso tiene que saques tu imagen del espejo del baño mientras me afeito y me digas “que te folle un pez” y luego la pongas en un sobre que probablemente enviarías a una casa de lágrimas donde un par de rabihorcados de la isla de Navidad me pedirán impuestos por pronunciar tu nombre. No tiene nada de gracioso, no, como no tiene nada de poético las cosas absurdas que escribo mientras le haces cosquillas al ángel de silicio que escondes en tu armario y que se parece mucho a Jasper Maskelyne, aquel ilusionista que los británicos contrataron durante la II Guerra Mundial para que hiciera que el puerto de Alejandría fuera invisible para la aviación alemana la noche del 22 de junio de 1941 y vaya si lo consiguió. Pienso en un té de besos, en un bocadillo de prosas surrealistas para –¿por qué no?– escribir como Dios manda un poema policial donde el único delito sea querer morderte los muslos a sangre fría. De nuevo vuelvo a tropezar contigo en este poema que lleva el corazón con 3 marcapasos y 1 bypass. Sé que no tiene

nada de simpático que escriba sobre ti cuando me has mandado al otro lado de la luna por décima vez; quizás es mejor dedicarse a otra cosa, escribiendo poemas soy tan bueno como portándome bien cuando duermo contigo y me dices “esta noche no”, mientras únicamente vistes con la transparencia de la oscuridad. La poesía en este poema es un techo lleno de goteras y entonces se me ocurre que es mejor hablar de aquel invento revolucionario para el amor, registrado por David King Terence con la patente nº GB 2221607, que no es otra cosa que un par de guantes para parejas de enamorados que durante el invierno quieren ir de la mano y seguir sintiendo la piel del uno y del otro. Tonterías. Ya sé que lo sabes, nuestra relación de pacotilla tiene el mismo problema que tenían las primeras latas de conservas: que aún no se habían inventado los abrelatas y nos parecemos, ciertamente, a aquellos soldados de la Royal Navy que las abrían utilizando las bayonetas, disparando contra ellas o golpeándolas con piedras. En este mismo momento tenemos que dar por cancelado el estreno de este poema, sí, lo tenemos que concluir ahora mismo por falta de público porque tú, la única asistente, te acabas de largar llevándote tus 5 maletas de zapatos y tus 5 minutos de vozarrones y, vaya morro, pidiéndome que te devuelva la entrada a tu cama para el taxi (que pagué yo con las monedas de mi corazón). A propósito –te pregunto segundos antes de escuchar un gran portazo–, ¿sabías que algunos hombres son infieles para salvar sus matrimonios y que hay un hotel hecho de hielo en tu país al que han obligado a poner una alarma anti-incendios?

KLARA, UNA AU PAIR DE KARLSTAD, ME HA PEDIDO QUE LE ESCRIBA UN POEMA PARA OLVIDARLA DE UNA VEZ POR TODAS

Bruno me ha llamado para contarme que ha leído
que algunas nutrias del Amazonas
pueden cambiar el curso de los ríos con el poder de sus mentes,
esto es más falso que un billete de 3 euros
pero igualmente me recuerda que una hormiga
puede sobrevivir hasta dos semanas bajo el agua,
así que aún guardo algunas esperanzas para mí.
Yo le cuento que aquí están a punto de llover ranas,
no hay ciudad que aguante esta lluvia de los mil demonios,
fijaos que se quejan hasta las ballenas varadas entre los árboles
que se esconden en el supermercado de la esquina de casa.
Nos acabamos de conocer, Klara,
pero me dices que a los árboles no les importa la lluvia
y que te deje dormir.

De pronto se me viene a la cabeza que el animal
más rápido en el acto sexual es el chimpancé (3 segundos),
le sigue el ratón (5 segundos) y quizás tú, que apenas te has tomado
(una copa

y ya te escuchaba roncar en mi cama.
Hemos venido esta mañana a escribir el poema que me has pedido
y es en este mismo momento cuando el mar desempaca tu sonrisa sobre
(el cielo

después de que el reloj despertador te haya despertado por última vez
para salir volando por la ventana
(aunque ambos sabemos que un par de libélulas
harán su mismo trabajo entre nuestras sábanas).

Soy el final de tu caja de bombones, tus últimas bragas limpias
o, lo que es lo mismo,
la oscuridad de los peces cuando lloran y pasan una sed de caballos.
Me dices que nunca has montado a un caballo
pero que sabes que sus lágrimas
son el principio de cualquier río que se precie en tu pueblo, Karlstad,
donde los muñecos de nieve van de compras a diario



TÍTULO: *NO ME MOLESTES*, DE ROBERTO SÁNCHEZ CAJICÁ;
TÉCNICA: ÓLEO SOBRE LIENZO; AÑO: 2016; 1,00 x 1,00 MTS

para comprarse una nueva nariz de zanahoria
y para aprovechar la calefacción de los supermercados.

Pronto dejaré de ser uno que parece joven y sigo metiendo la pata
(hasta la rodilla

aunque no nos engañemos:
tu corazón, como el mío, está cerrado por obras
y rueda como una moneda o un milagro
que se le acaba de caer a un pobre mendigo
que creo que soy yo.

No está hecho el amor de las pelirrojas para nosotros, Bruno,
los alejados de las manos del señor,
como tampoco está hecho el amor para el amor:
salven pues las estrellas mis torpezas para quitarte el sujetador,
salven todo lo que queda de mi corazón entre tus manos de gata
aunque ya de nada servirá... es para partirse de risa
pero de tirios y troyanos hemos pasado a dirigir el tráfico de las estrellas
entre tu mirada y la luz de la luna llena sobre tu espalda asalmonada,
en un santiamén
(mientras me preguntas si sabía que en Finlandia
se prohibieron los comics del pato Donald porque no llevaba pantalones).

Después de las risas no puedo dejar de pensar que allí,
cerca de donde las lágrimas pierden su equipaje,
donde las nubes limpian sus gafas porque la lluvia empaña su mirada,
allí, donde todo termina,
no hay árboles llorando de rodillas ante un pájaro en un supermercado
no está Dios (ni nada que se le parezca)
estamos nosotros dos, Klara o como te llames,
jodidamente separados
a pesar de compartir esta noche la misma cama.
Y sí, vale querido amigo Bruno,
una vez más tienes toda la razón:
a) para un pingüino las aves no tienen talento para nadar y
b) el amor es para nosotros lo que la aritmética para los filósofos:
(o de lo mismo)
tan solo un gran malentendido.

DIARIO DEL GRANJERO VIETNAMITA QUE LLEVA SIN DORMIR DESDE 1973

Thai Ngoc es una libélula jubilada, como el amanecer.

Thai Ngoc se despertó como cualquier día convencido de que era un hombre vietnamita que vive al pie de una montaña.

Thai Ngoc sabe que ni los quebrantahuesos escogen la soledad ni las veinteañeras qué soñar por las noches así que, desde el año 1973, después de una intensa fiebre corporal, el señor Ngoc decidió dejar de dormir.

Thai Ngoc empieza el día pidiéndole a los cipreses que le devuelvan las lágrimas de todos los médicos que se han roto el coco pensando en por qué demonios no puede dormir.

Thai Ngoc luego se va a desayunar con las ranas un zumo de melón.

Thai Ngoc sabe perfectamente que las mujeres son más complicadas que el álgebra para las rosas, así que cada día le regala un ramo de besos a su mujer. La mujer de Thai es una campesina jubilada que está convencida de que es una libélula.

La mujer de Thai lava los platos sucios con los sueños de los peces.

Thai Ngoc es como un héroe para los loros kakapos de la comunidad de Que Trung y su más grande sueño es tener sueño.

Thai Ngoc a veces es contratado por un par de murciélagos para que les haga la cena, otras veces, sus vecinos le dan un par de monedas para tocar los tambores o los gongs en los funerales nocturnos de las tortugas.

Thai Ngoc dice que se siente "como si fuera una planta sin agua".

Thai Ngoc también dice que los perros no tienen religión pero sueñan, así que es lo mismo.

Thai Ngoc cree, no obstante, que el mejor amigo del hombre es la lluvia.

Thai Ngoc es una libélula jubilada que no sabe quién es Thai Ngoc cuando llueve.

Thai Ngoc seguirá despierto aun cuando este poema haga que Ud. se muera de sueño. 🌸



TÍTULO: *ANCIANA EN LA CALLE*, DE ROBERTO SÁNCHEZ CAJICÁ; TÉCNICA: MIXTA (LÁPICES DE COLOR Y MARCADORES SOBRE PAPEL; AÑO: 20167; DIMENSIONES: 28 x 21 MTS

DE LAS MUSAS SE HAN IDO DE COPAS, 2015



Javier Zamudio (Santa Marta). Autor de los libros Hemingway en Santa Marta (2015), Espiar a los felices (2016) y El hotel de los difíciles (2018). Textos en El Malpensante, Literal Magazine, Corónica, Rio Grande Review, El Espectador.

UN ELEFANTE MUERTO

JAVIER ZAMUDIO

Manuel encontró un elefante muerto sobre su cama. Se tapó la nariz protegiéndose del hedor a descomposición que se había apoderado de su habitación. Varias moscas se recogían sobre la trompa, que caía a un costado dejando escapar un hilo de sangre seca que manchaba la sábana y parte de las baldosas. Él había pasado la noche en el sofá, luego de varias horas leyendo los exámenes de sus alumnos. Pensó que si por error hubiese dormido en su cama, con seguridad acompañaría al elefante, asfixiado debajo de su enorme panza o estrangulado entre sus patas.

Miró la ventana y luego la puerta. Haciendo un cálculo ligero, concluyó que era imposible que el elefante hubiese entrado por ambas aberturas. Rodeó la cama y se aproximó a la ventana. Su apartamento estaba ubicado en el cuarto piso de un edificio del barrio San Fernando. Vio en la distancia la calle Quinta, el estadio Pascual Guerrero y las paredes curtidas del Hospital Departamental. Salió del cuarto en dirección al baño. Se lavó la cara y pasó unos minutos mirándose en el espejo. Se palpó la barba, sacó su lengua y mojó sus labios, peinó su cabello. No notó nada raro en su apariencia.

Se dirigió a la sala, se acercó a la mesa de café donde estaban los exámenes e inspeccionó el paquete comprobando que estaba como lo había dejado la noche anterior. Todo lucía de la manera acostumbrada, excepto por el elefante muerto sobre su cama. Regresó a la habitación, sintiendo un retorcijón en el estómago. Se acercó al elefante, tocó una de sus patas y sintió la piel rugosa en la yema de sus dedos. Acarició su lomo que había adquirido la rigidez del *rigor mortis* y continuó con su mano abierta sobre su cabeza, que parecía dos pequeñas colinas. De repente, recordó el cuento de Ernest Hemingway, *Colinas como elefantes blancos* y vio el libro de cuentos puesto al lado de la cama, sobre el nochero.

No era un elefante blanco. Era azul, como un cielo sin nubes teñido por un ocaso triste. Manuel buscó el teléfono y llamó a su padre.

Escuchó el pito del teléfono y se puso todavía más nervioso. Se imaginaba el gesto de su papá: las cejas levantadas, los labios curvados hacia abajo y los párpados ligeramente sonrosados de la rabia. Estaba seguro que no le creería y empezaría a despotricar de su vida.

«Hay un elefante muerto en mi cama», dijo al oír una voz, sin dar tiempo a la pregunta que escuchaba cada vez que llamaba o visitaba a sus padres:

«¿Cómo va tu vida?»

«¿Qué?», preguntó su madre.

Su mamá era más insistente que su padre. Desde que Camila, su mujer, lo abandonó, llevándose a sus nietas a Bogotá, ella sentía cierta aversión por su hijo.

Dos meses antes, mientras su mujer trabajaba y sus hijas estudiaban, Manuel había hecho el amor con una de sus colegas sobre la cama donde yacía el elefante muerto.

«Soy yo, mamá. ¿Papá está?»

La voz desapareció y apareció la voz de su padre.

«¿Cómo va tu vida?»

La pregunta lo irritó. Quiso colgar, pero se contuvo.

«Hay un elefante muerto en mi cama», dijo.

«¿Estás borracho? ¿Estás consumiendo drogas?»

«¿Qué? No estoy borracho y no consumo drogas, papá. Te estoy diciendo la verdad. Hay un elefante muerto en mi cama.»

Su padre susurró una maldición y guardó silencio por unos minutos. Luego dijo:

«Si hay un elefante en tu apartamento, explícame cómo subió los cuatro pisos. Lo que dices no tiene ningún sentido. Si no estás borracho, entonces finalmente enloqueciste. Eso te pasa por no ponerle orden a tu vida»

Manuel colgó convencido de que hablar con su padre empeoraría las cosas. Marcó el número de la policía y le explicó a un oficial lo que pasaba.

«¿Me está diciendo que mató un elefante en su residencia?»

«No. No lo maté. Lo encontré muerto sobre mi cama.»

«Si no lo maté, ¿quién lo hizo?»

«No lo sé, cuando desperté estaba allí.»

«Ahora se cree Monterroso. ¿Dónde despertó?»

«Dormía en el sofá», explicó.

«¿Me quiere decir que apareció un elefante muerto en su habitación y no sabe por qué? ¿Es esto algún tipo de chiste? ¿Sabe que puedo procesarlo por irrespeto a un funcionario militar?»

Manuel colgó asustado. Trajo una silla del comedor y se sentó cerca de la cama a mirar el elefante. Sabía que su padre y el policía tenían razón: ¿cómo era posible que hubiese un elefante muerto en su cuarto? ¿Cómo había entrado? ¿Por qué no lo había escuchado? ¿De qué manera había franqueado la entrada sin llamar su atención? «Me enloquecí», se dijo palpándose la cara, dándose golpecitos en los cachetes, «tengo que llamar a alguien para que venga, para que me diga que no estoy loco».

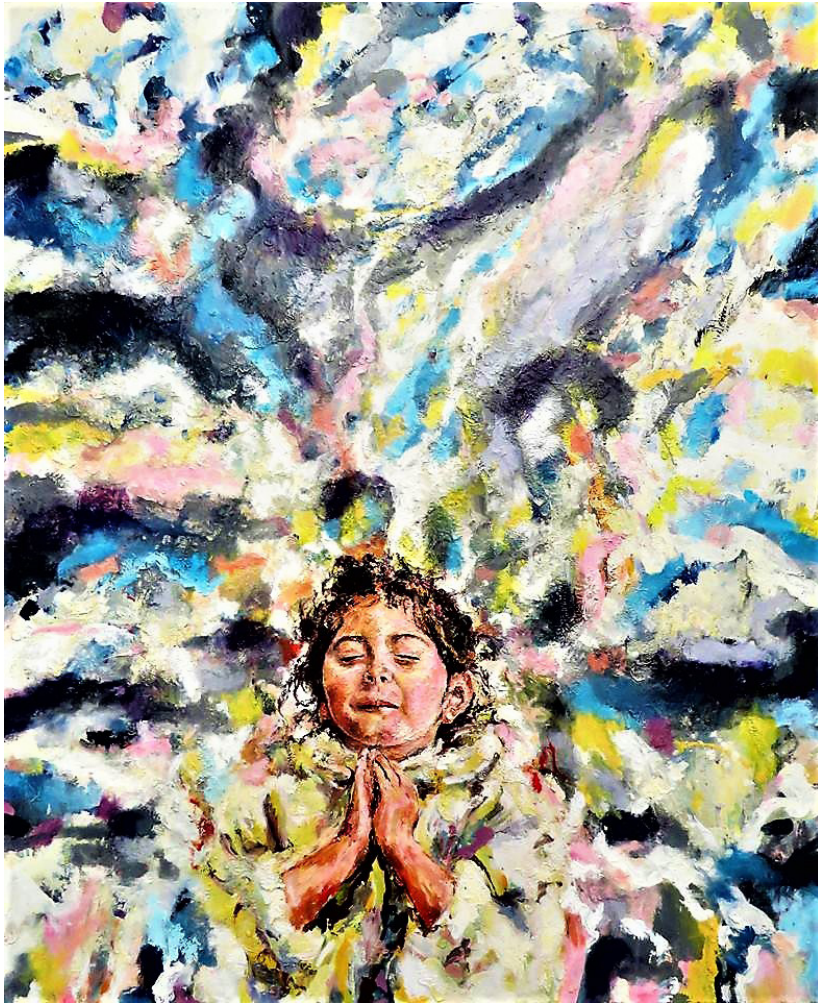
Una hora más tarde, Alejandra, su amante, golpeaba la puerta con timidez. No podía olvidar lo ocurrido cuando estuvo en aquel apartamento: Manuel se puso a llorar después de hacer el amor con ella. Rodó como un niño hacia un costado de la cama y se sentó con la cabeza escondida entre las manos, dejando escapar un llanto que podía oírse desde el primer piso.

Manuel abrió la puerta y sintió otro retorcijón en el estómago, como si su mujer o sus hijos estuviesen viéndolo. Alejandra se acercó y lo besó

en los labios. No estaba segura por qué la había llamado, pero supuso que aquella invitación era el comienzo de una relación en serio. Un día antes se había enterado de que Camila había abandonado a Manuel y había sentido una alegría extraña. Felicidad por el mal ajeno. Él apenas le devolvió el beso. Ella sintió sus labios fríos y su corazón se aceleró. Lo abrazó y empezó a quitarle la camisa.

«¡Espera! No te he llamado para eso.»

Alejandra se detuvo, con las manos en el aire, respirando su aliento turbio, y lo miró un momento, aguardando una explicación que no llegó. Entonces, reanudó su tarea. Lo despojó de la camisa mientras iba empujándolo hacia el cuarto. Manuel no se atrevía a decir nada por temor a parecer un loco. Daba vueltas a las palabras, buscando las adecuadas para explicar que había un elefante muerto sobre su cama. Alejandra no preguntó por qué no había ido a trabajar. No le contó lo que había dicho el rector, cuando se acercó temprano, a las siete de la mañana, para decirle que lamentaba que ella hubiese terminado enamorada de un hombre como él: un pelele, un don nadie, un fracasado, un tipejo de poca monta que ni siquiera preparaba sus clases. Tampoco le dijo del lío que se armó porque tuvieron que hacer



TÍTULO: *MISTERIO Y REVELACIÓN*, DE ROBERTO SÁNCHEZ CAJICÁ; TÉCNICA: ÓLEO SOBRE LIENZO; AÑO: 2015; 1,20x1,00 MTS

que Ricardo, el profesor de Educación física, se ocupara de sus cursos. Continuó empujándolo, quitándole los pantalones mientras, en intervalos cortos, ella se despojaba de su ropa. Cuando cruzaron el umbral del cuarto, Manuel gritó:

«Hay un elefante muerto en la cama.»

Alejandra se detuvo, alzó la cabeza para ver la sábana revuelta y la almohada en el piso. No vio ningún elefante.

«¿Es un tipo de chiste?», preguntó alejándose de su amante.

Manuel volteó y ahí estaban los restos del elefante, rodeados por un pelotón de moscas. Alejandra lo abrazó de nuevo y él se dejó llevar convencido de que cualquier cosa que dijese no tendría sentido para nadie, excepto para él. Se acostaron en la cama, junto a las patas del elefante e hicieron el amor. Manuel podía sentir el hedor a descomposición recorriendo su garganta y veía los ojos cristalinos, transparentes del elefante, que lo reflejaban de manera imprecisa, como si se hubiese deformado tras la partida de su mujer. Sintió deseos de llorar, pero se contuvo. Cerró los ojos e imaginó que Alejandra era Camila y que solo estaban ellos dos derramándose sobre la cama. 🌸



Licenciado en Comunicación y Literatura. Máster en Escritura Creativa. Ha estudiado pintura, fotografía y grabado. Participó en el IV Encuentro Internacional Literario ABRACE 2003. Publicado en la Antología de Poetas latinoamericanos realizada por la editorial ABRACE. Formó parte de los talleres literarios de la CCE, con Edwin Madrid; miembro fundador de los grupos culturales "Machete Rabioso" y "Sexo Idiota". Ganador del X concurso de grabado organizado por la Estampería Quiteña. Ha publicado el libro de poesía La Noche que se espesa con la editorial independiente Murcielagario Kartoner. Sus textos han sido publicados dentro y fuera del país.

VACÍO DE LA RESURRECCIÓN

JORGE A. GÓMEZ

FIAT TENEBRIS (INTRO)

Cada noche desaparecerás tus huellas,
apenas sean bautizadas
y ya no podrás distinguir el aliento de la avispa
decantado por el sol
o la fecunda tierra palpitando sin padres,
bajo un millar de hojas por vaciar,

y entonces tú también
sostendrás con labios ajenos
este fragmento de muesca,
nacido en mi lengua,
trepidante
ante el vacío de la resurrección.

PREHISTORIA (ESTRIBILLOS I Y II)

I
La distancia se altera en el recuerdo
y sin embargo,
siempre será irreversible ante el fuego.

II

Aquel que caza elige las armas,
pero solo la presa señala el sendero.

TÍTULO: LA DURMIENTO, DE EDUARDO SCHWINDT
TÉCNICA: ÓLEO SOBRE TELA; AÑO: 2016; 92 x 57 CM



LIFESAVER (FUTURE SONG)

Discúlpame. Estaba jugando. Y así, sin darme cuenta, se me ha podrido el cordón umbilical. Te pido que huyas de mí, que salgas corriendo en reversa (te lo suplico, tócame la espalda antes de partir).

No quiero aguardar hasta que me encuentre el sacerdote de la letra torcida. Si lo ves, llévale mi denuncia en tus manos:

«Uno escribe todo el día, sin apenas elevarse, y en la noche flota como el cadáver de un ahogado».

NACIMIENTO

Habla el niño
por vez primera
y en su destino se cierra
la rara metonimia
de vivir
escuchando nombres,
de soñar
bautizando muertos.

ÉL SE COMIÓ SUS PALABRAS Y LAS VOMITÓ

No hay advertencias, solamente ecos.
Humedecer los muros de las habitaciones
para palpar su melodía.
Humedecer los labios
para dejar de escucharnos.
Reverberación y eco subsisten.
El eco supera la persistencia del olvido.

No hay advertencias
ni verdaderos presagios, solo ecos.
Por defecto,
una profecía se cumple
cuando alguien la malinterpreta.

Las voces de los dioses son,
en realidad, la resonancia de las armas
entre las pisadas de los ejércitos penitentes.

Los héroes y los profetas
siempre serán a la postre;
verdugos o delatores.

En nuestros días
hay más conflicto en la traición
que en la entrega del cuerpo.

El universo desea olvidar este eco,
pero él persiste
como un charco de sangre
bajo un cadáver entumecido.

TÍTULO: NUBES SOBRE BOGOTÁ, DE ROBERTO SÁNCHEZ CAJICÁ;
TÉCNICA: ÓLEO SOBRE LIENZO; AÑO: 2016; 1,00x1,00 MTS



LA GRAMÁTICA

¿Quiénes somos
con las palabras
que intentan descubrirnos?

¿Quiénes nos creemos
si apenas cabemos
en un par de renglones?

Hay tanto por hundir.

Nuestro lenguaje,
es el de los animales
cuando copulan.

Nuestros suspiros
más sinceros solo responden
a la desesperación. 🌞

ALMENDRA AMARGA, &

JULIA GUTIÉRREZ

UN CUENTO CHINO ALERTA AMARILLA EN EL APARTAMENTO 403

En el interior del apartamento 403 del edificio 9 del complejo 168 de Zhongsham Road –en el entorno del Shanghai Stadium–, alguien está pensando en cosas hermosas. Se trata de un hombre chino de edad indeterminada, altura indeterminada, vida indeterminada.

¡¡¡Niiii!!! ¡¡¡Niiii!!! ¡¡¡Niiii!!! ¡¡¡Niiii!!! Todas las alarmas han saltado en el Servicio de inteligencia (¿?), en el Ministerio de Consumismísimo, en las filas de la Guardia Roja... Sin pérdida de tiempo, desde todos los flancos se están organizando para reducir al insurgente.

–¡Un momento!... ¿Qué ocurre? –dice en chino mandarín un mando superior.

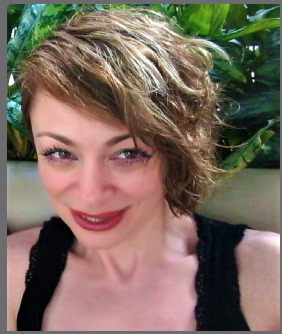
(Los chinos que están a sus órdenes hablan el dialecto local de Shanghai y no le entienden).

–¡Un momento!... ¿Qué ocurre? –repite en chino mandarín el mando superior.

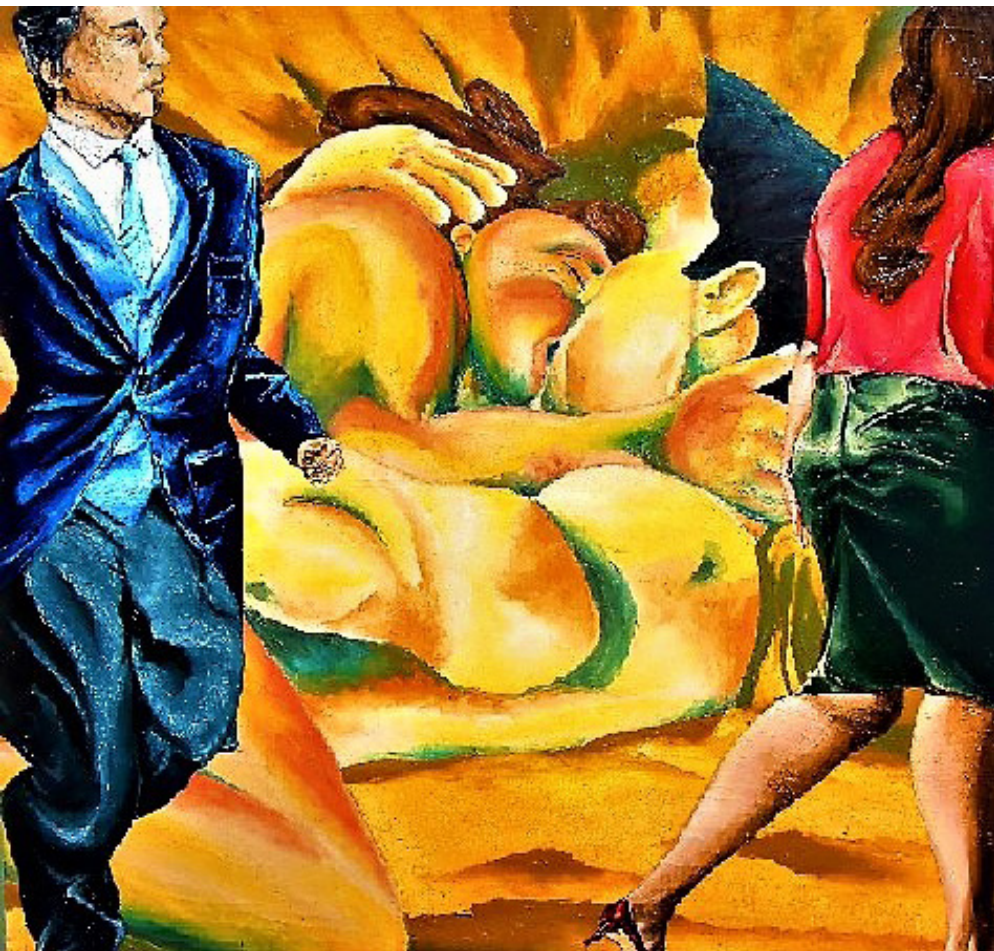
Siguen sin entenderle. Y aun así, todos tienen cara de alerta porque saben que en su trabajo hay que tener cara de alerta. Son las órdenes.

Impasibles, observan al sujeto pensante desde sus pantallas inteligentes. Parece que hay cambios. Así lo indican los sistemas de controlación. Unos segundos después se emite un informe que señala las causas de la variante: al hombre se le ha caído un botón de la chaqueta y el ruidito de clinquero que se ha producido al rodar por el suelo, le ha sacado de su estado de meditación transitorio. Se ha dado cuenta de que lleva cerca de 24 horas sin pasar por un Centro Comercial (está a punto de infringir el máximo permitido por la normativa), y se apresura hacia la calle.

El ciudadano ya se encuentra en estado normal. Otro éxito del Consumismísimo.



Nace en Valladolid (España). Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social y ha trabajado en prensa especializada en Economía y Empresas, y Salud. Obtuvo el primer premio en la categoría de prensa escrita en la V edición de los premios de periodismo plataforma SinDolor. Se formó en escritura creativa y literatura infantil en la Editorial Fuentetaja (Madrid). Compagina las letras con la danza. Es bailarina profesional y maestra de Tango argentino.



TÍTULO: *REENCUENTRO*, DE EDUARDO SCHWINDT; TÉCNICA: ÓLEO SOBRE TELA;
AÑO: 2012; 100 x 100 CM

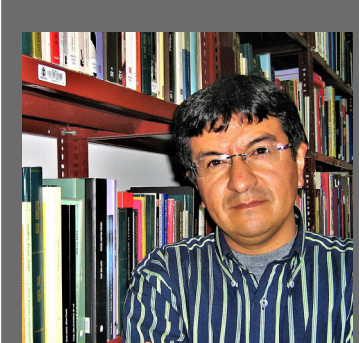
ALMENDRA AMARGA

Cuatro personas. Dos parejas. Un salón. Una cena frugal en la que Pierre apenas prueba bocado. Llega el momento del postre. Dulces, frutos secos y licores. Música de fondo: un tango, "Celos". Por el movimiento de sus labios, parece que Pierre tararea la letra. Toma un trago y frunce el ceño mientras se lleva algo a la boca. Descompone el rictus. Acaba de probar la única almendra amarga del plato.

COLECCIONISTA

Hombres que persiguen tacones de aguja. Hombres que se vuelven locos por el calzado femenino: zapatos rojos de alturas imposibles, botas puntiagudas, sandalias plateadas, zuecos de enfermera o de azafata...

¿Hombres que desean zapatos que pertenecen a mujeres? ¿O mujeres que utilizan sus zapatos para coleccionar hombres? ¡Fetichistas!



BREVIARIO

CÉSAR CHÁVEZ AGUILAR

01/01/16

Cielo anaranjado. Vivir. El primer día del Año, las primeras oraciones de un diario. Leyendo las últimas páginas de una novela de John Updike. Cuando vas terminando un libro, cualquier libro, sientes una mayor presencia del aroma del tiempo, las hojas que pasan, la historia que lees se va resolviendo, la muerte va marcando su presencia; pero a la vez, al dar la vuelta a la última página, cuando la palabra terminal se pierde en el cerebro sabes que la muerte, esa del libro leído, no ha vencido, que ese mismo final es un inicio, la invitación para tomar el volumen que espera en tu escritorio y retomar la vida, consciente de la finalidad pero también del renacer. La lectura solo es un ejemplo de este renacer, no el más perfecto por supuesto. El amor, como metáfora para muchas cosas, es la idea más cercana.

El amor se vive, intensa, festiva, placentera, dolorosamente, y luego de ese periodo de trance, la realidad, ay, la realidad, regresa, y la terminación del ensueño llega, y pensamos

que del final de ese amor ya no habrá más, pero vuelve el amor, siempre vuelve, distinto, extraño, pero retorna. Recuerdo un verso de René Char: «No te postres sino para amar. Si mueres, sigues amando».

La muerte no vence, nunca vence, de cierta manera, este verso del poeta me recuerda el famoso verso de Quevedo, ese «polvo enamorado» que espera en la tumba. Al final esta promesa, este polvo enamorado, ese muerto que sigue amando, es tranquilizador, es la página que termina pero que también nos invita a abrir la siguiente.

El cielo ya se ha puesto oscuro, el color del nuevo año se ha ido, es fugaz como todo, pero no por eso ha dejado de ser bello. Quisiera que todo se callara, que el silencio me acompañe mientras miro las luces de la ciudad, son también silenciosas pero dicen mucho. Me recuesto, cierro los ojos y el sueño llega. Un nuevo año, un año menos. La promesa del amor, la realidad del amor. El deseo del amor.

Escritor, ensayista y bibliotecario. Cuentos y ensayos suyos han sido publicados en revistas nacionales e internacionales. Profesor invitado para los Cursos abiertos de la Universidad Andina Simón Bolívar. Ha realizado investigaciones bibliográficas para el Municipio de Guayaquil y para el Centro Cultural Benjamín Carrión de la ciudad Quito, del cual es actualmente bibliotecario. Ha publicado *Herir la perfección* (2012) y *Tres cuentos* (2017)



TÍTULO: *EDITH PIAF*, DE EDUARDO SCHWINDT;
TÉCNICA: ACRÍLICO SOBRE TELA; AÑO: 2013;
50 x 50 CM

03/01/16

La vida es una continua suspensión de vivir. (Tendré que pensar esta frase...).

El personaje de Harry "Conejo" Angstrom, ajeno a elucubraciones intelectuales, atado a las pasiones y a los deseos, sometido al tiempo como destructor y deformador de amores, de personas, de eras, pero a la vez plenamente consciente de su transcurrir en ese tiempo, y por lo mismo, un ser de una vitalidad, a veces dominada, a veces desafortada, pero siempre sincera, se constituye como uno de los personajes más profundamente íntimos de la narrativa contemporánea. En *Conejo en paz* –es extraño que lo único que no encuentra es paz–, novela con la que cierra el ciclo, Updike logra además un panorama de la sociedad: desolador, cansino, prometedor y real, es decir doloroso.

05/01/16

Al terminar el valiente y brutalmente sincero libro de William Styron, esa visible oscuridad, más que la reflexión sobre la depresión, que de manera limitada me ha visitado, y de la que otro día podría hablar, me quedó con las ideas que presenta en torno al suicidio. Tema que ha acompañado toda mi vida consciente, los últimos años me he internado en la bibliografía abundante que se ha escrito sobre ella.

Me quedo con pocos libros, muchos son más bien enfoques sociológicos o médicos, y lo que me interesa es el nivel de conducta de las personas que deciden abrazar la muerte por su propia voluntad. Podríamos partir desde el enunciado de Camus, y llegar a este libro de Styron; una de las cosas más interesantes es la gran cantidad de artistas suicidados, y en particular de escritores. ¿Existe algún elemento de su sensibilidad que motiva estos actos? Los casos particulares de Jean Amery y de Primo Levi son los que más me han inquietado: ambos sobrevivientes de campos de concentración, donde vivieron cosas indecibles, sobreviven para luego tomar su vida, mejor dicho su muerte, en sus manos. ¿Por qué lo hicieron? Tal vez hubo razones fuera de su experiencia en los campos, o tal vez el mismo sentido, o falta de sentido de la vida los lleva a esta decisión. Necesito pensar más en esto...

08/01/16

Ayer terminé un cuento. Una historia que me había llevado más de un año. Fue mutando desde una narración centrada en la vida de alguien a una historia de otra persona. El proceso de escritura, especialmente cuando es largo, arrastra consigo un proceso de cambio en uno mismo. El trabajo de pensar en el tipo de narrador, en el punto de vista de la narración, en los personajes, es como un retrato de ti mismo, como esos autorretratos infinitos y que nunca se mostrarán a nadie, no tanto por vergüenza sino porque todos son inconclusos, retazos de un mismo rostro, imperfectos. Esta palabra, perfección, que siempre me ronda, y que se ha vuelto una carga pesada de la que justamente con este cuento intento despojarme. Más allá del poder catártico de la escritura, lo que sentí en la elaboración de esta historia –cuento además que aún no pasa el filtro de la corrección, y que puede convertirse en otra larga tortura, ¿cuántas van?–, es cómo fue cambiando con respecto a la idea original, sentí cómo la pasión –en sus dos formas: gozosa y dolorosa– se iba tornando compasión, y lo trágico en un intento cómico. La distancia, ese recurso del que hablaba Flaubert me ayudó mucho, aun así, sentí cómo se iban filtrando en los diversos borradores del cuento –¿siete, ocho?– los miedos, las venganzas, las fantasías.

La expresión, o mejor dicho las formas de expresión son tan amplias, tan abundantes que a veces es como si nos sobrepasaran, nos abrumaran con las posibilidades, uno tiene tal gama de posibilidades que puede ser castrante tener que elegir. Yo elegí y logré terminar, sigo teniendo dudas, dudas que aún

con el proceso de corrección no culminarán. Desde la misma idea del relato, ya no estoy seguro si estoy hablando de un engaño, de una crisis de pareja, o de la humillación, tal vez estoy hablando de amor, de ese sentimiento que se filtra en todo, aún en esas conductas que en nada se parecen a la idea que tenemos de amor. Por ejemplo, qué es la humillación sino una especie retorcida del amor.

Ese mismo día, ayer, me reuní en la tarde con un amigo, mayor que mí, de difícil trato pero quien puede ser una persona de generosidad e inteligencia singular. Hablamos mucho, básicamente de literatura, y mientras conversábamos pensaba en lo difícil de la conversación, tema repetido, lo sé. Esta semana fue una buena semana de esa cosecha, vi a dos amigas con las que es un encanto charlar, las dos viven en continentes distintos, y lo único que me hizo pensar fue en las personas que están lejos, a quienes extraño, no solo verlas sino escuchar sus voces, la entonación verbal, mirar sus ideas. Terminé el día con una reunión de amigos, hablando de traiciones de parejas –tema que me acompañó todo el día–, de política –siempre un tema desagradable cuando solo hay dos posturas–, y no mucho más, todos queriendo ligar, todos queriendo romper las rutinas con la posibilidad de ser admirados, divertidos, seducidos, seductores, esas farsas cotidianas, tan divertidas, pero tan vacías. Me fui temprano, solo, pensando en una mujer que no estaba en la fiesta, y en sus palabras de amor que yo no puedo corresponder.

20/01/16

Ayer nos enteramos del suicidio de un amigo, era alguien a quien había visto pocas veces pero con quien logré establecer una relación de mucho afecto. Joven aún, apenas 30 años, se colgó de algún madero. No es el primero de mis amigos que ha tomado esta decisión, parece que cuando la idea se quiere ir de mi cabeza la realidad la vuelve a traer. A veces me visita como alguien vengativo, alguien que quiere cobrar la afrenta de vivir, otras viene como un amable amigo que me habla despacio, al oído, para decirme que puede acompañarme si es que quiero, que no es necesario, claro, pero que podría hacerlo.

La idea del suicidio, que nunca me ha abandonado, me la replanteo cuando la experimento por alguna cercanía. No me pregunto ya si es cobardía o valentía, creo que tiene un poco de los dos, pero la reconozco como la decisión personal por excelencia, si la tomamos con consciencia es un acto pleno de libertad, si la tomamos por desesperación no, porque estaríamos forzados a hacerlo, es decir, la antinomia de la libertad.

Puede que la desesperación sea brutal, o el dolor intenso, tanto para no ser vivido, pero cuando he sentido el máximo desamparo, y me encuentro mirando por la ventana sin hallar color, aún queda algo para disfrutar, puede que mi vida, tal vez inconsciente siempre buscó placer, y tal vez por eso mismo, la muerte vendrá cuando ya no disfrute de las cosas, cuando ya nada de lo que haga me dé placer.

Me da miedo el dolor, lo sé muy bien, pero no sentir nada es lo que llevaría a una decisión como la de mi amigo, sentir, es lo que queda. Me viene a la memoria el inicio de *Hurt*, de NIN, más o menos dice así: Hoy me hago daño para ver si sigo sintiendo. Me concentro en el dolor, es lo único real.

28/01/16

¿Cuántas veces habré escuchado *The Wall*, de Pink Floyd? Cientos de veces. Hoy terminé de mirar el video de la última versión que hizo Waters –tal vez sea realmente la última tomando en cuenta la edad de Waters–, y volvió a estremecerme. Al ser pensado como un film –sin la paranoia de la primera versión de Alan Parker–, los pasajes fuera del concierto, en las campañas, en los cementerios, en las carretas, conmueven. Mirar las lágrimas de Waters cuando vuelve a leer la carta que le enviaron a su madre para notificarle que su esposo, el padre del pequeño Roger, había muerto en Italia en la Segunda Guerra Mundial, te conmueve el alma.

La escena inicial cuando Roger toca la trompeta en el campo de los soldados caídos en la Segunda Guerra, y la visita de los bisnietos a la tumba del bisabuelo, el abuelo de Roger, también caído en una guerra, este en la Primera, es afectivamente apabullante. Ahora me doy cuenta que este diario habla mucho de muerte, ¿se podrá decir que es un diario de muerte? Creo que no, es extraño, estoy en una etapa de sosiego en mi vida, pero la idea de la muerte nunca me abandona. Podría decir que no hay temor a la muerte, pero creo que esa afirmación puede ser matizada y pensada, es más, creo que aún no lo he pensado suficiente, tantas cosas que no he pensado... Volvamos a *The Wall*, los Floyds me han acompañado toda la vida, y aún las lágrimas asoman cuando escucho ciertas canciones, no porque haya algo en específico que me diga, sino por ese poder que tiene la música de meterse en tu alma, y removerla.

Ha sido una buena noche, no me siento abatido ni deprimido, de cierta manera el contacto con la muerte a través de esta música me hace sentir vivo, saber que puedo escucharla aún, que ese es un hilo para seguir en este miserable mundo.

03/02/16

Terminé de leer *Cuerpo a diario* de Gerardo Fernández Fe, un libro sobre el diario íntimo, buen libro. Al terminar de leer ese análisis sensible sobre los diarios íntimos de varios escritores, me pregunté: ¿Esto que escribo es un diario íntimo? ¿Estoy vertiendo aquí en realidad mi intimidad o no es más que una ligazón de ideas sin una muestra de mí mismo? Tal vez una mezcla de los dos. La idea de una escritura sincera conmigo ha sido algo que me ha sometido muchas veces casi al silencio, no porque no pueda ser sincero, en realidad en lo que escribo lo intento desesperadamente, sino porque temo dañar a alguien. Es indudable que tomo ciertos personajes reales para lo que escribo y si bien no son personajes como tal, tomo actitudes y conductas que me parecen novelables, y en su mayoría no se ven bien, pero no es en realidad por ellas mismas sino porque así las voy construyendo, así voy armando los perfiles que quiero dibujar, que me ayuden a la idea general, a la demostración de lo que quiero decir.

A veces veo en los cuentos que escribo una faz del diario íntimo, me desnudo ante los lectores, a veces creo que estoy demasiado expuesto, aún más que las personas de las que me he valido para pintar a un cierto personaje. Si bien me preocupa la reacción, sigo escribiendo, e intentaré publicar; no tanto porque crea que es más importante la creación a las relaciones interpersonales, sino porque creo que esto es una parte de ese todo. En un cierto sentido de pretenciosidad es como si les diera una grandeza siendo parte de un personaje, pero no por mi escritura, que no reviste grandeza alguna, sino por el solo hecho de ser parte de una trama, de haber trascendido sus vidas, a veces aburridas y planas, a una creación, tal vez torpe pero creación al fin.

Quisiera escribir lo que sucede a diario, las angustias y la felicidad de vivir, o el desprecio y la humillación a la que te sometés por el simple hecho de estar vivo, pero también

quisiera escribir cómo aprendes cada día, no solo a través de la lectura sino de la observación humana: desde el ego desmedido hasta las vidas miserables, desde el dolor de la pasión hasta el gozo de la misma, desde el amor rechazado hasta el glorioso momento del Sí. ¿Esto es un diario? Sí, tal vez no el que hubiera querido, pero lo es.

Justo al terminar estas líneas pensaba en la escasez de diarios íntimos en la tradición ecuatoriana, y también un poco en la latinoamericana, en contraposición a la abundancia de ellos en Europa.

En nuestro caso específico creo que tiene que ver justamente con la idea escrita más arriba, ese mostrarse sin caretas, despojados del aura que tanto cuesta, de esa respetabilidad social que se esfuerzan en crear. El diario es una confesión, un dejarse ver, aun cuando sea en un diario de ideas –tal vez como este–, te muestras. Pensaba en que temen dejarse ver, sin las luminosas ideas que creen tener, o que sus vidas son menos interesantes de lo que creen, o que es demasiado trabajoso fingir. Además, que son páginas pensadas en su origen para no ser leídas, pero aún en esa privacidad tenemos reparos con nosotros mismos, el grado de afectación es tan grande que nos vamos creyendo nuestras propias mentiras. O tal vez solo chocamos con la cotidianidad, esta es tan apabullante que no nos deja ni tiempo para pensar. No lo sé, pero es una realidad que ninguno de los grandes escritores del país hayan tenido un diario, o por lo menos que se haya hecho público, puede que existan, pero han sido ocultados por el temor de dejarse ver cómo somos. ¿Eso es el diario?, ¿una afrenta a nosotros mismos? Tal vez, pero también es un acto de vanidad, es como si aún esa perspectiva escrita en estas páginas fuese digna de leerse..., puede ser, tal vez aún la más mínima visión de algo puede tener cierto interés. 🌸

UN ARTE

El arte de perder no es difícil de dominar; tantas cosas parecen llenas de la intención de perderse que su pérdida no es un desastre,

Pierde algo cada día. Acepta la agitación de las llaves perdidas, la hora malgastada. El arte de perder no es difícil de dominar.

Entonces practica perder más lejos, perder más rápido: los lugares y los nombres, y a donde planeabas viajar. Nada de esto será un desastre.

He perdido el reloj de mi madre. Y ¡mira! la última, o penúltima de tres amadas casas, se ha ido. El arte de perder no es difícil de dominar.

Perdí dos ciudades, hermosas. Y, aún más, un reino que era mío, dos ríos, un continente. Los extraño, pero no fue un desastre.

–Incluso perderte (esa voz risueña, un gesto que adoro) no podré mentir. Es evidente, el arte de perder no es muy difícil de dominar aunque pueda parecer (¡escríbelo!) un desastre.

ELIZABETH BISHOP, *UN ARTE* (THE COMPLETE

PATROCINIO DE:



APOYO DE:



revista
BICHITO

Visítanos en Instagram y Facebook:
@bichitoeditores

O escríbenos:
bichitoeditores@gmail.com



bichitoeditores.com